

que dicha aproximación no vaya a enriquecer el modo creador, el mundo o la percepción del escritor.

Advierto en esta posición cierta dosis de etnocentrismo, fenómeno que conduce a un margen de insularidad, aislamiento, regionalismo y encerramiento. Veamos los autores antologizados:

1. Antonio Joaquín López, en su novela *Los dolores de una raza*, construye una historia sincrónica y diacrónica al unísono. Sin poseer una unidad ficcional coherente y totalizante, dicho relato se ocupa de la visión trágica del héroe Talhua y su casta.

Lo trágico se da debido al abandono de los preceptos éticos ante la aculturación. Ello es el *ethos* circular que invade las esferas de la vida común. El *epos*, por su parte, es lo histórico particular manifestándose en acontecimientos cotidianos que exaltan los valores centrados en la virtud, como fuerza de la dimensión creadora del hombre.

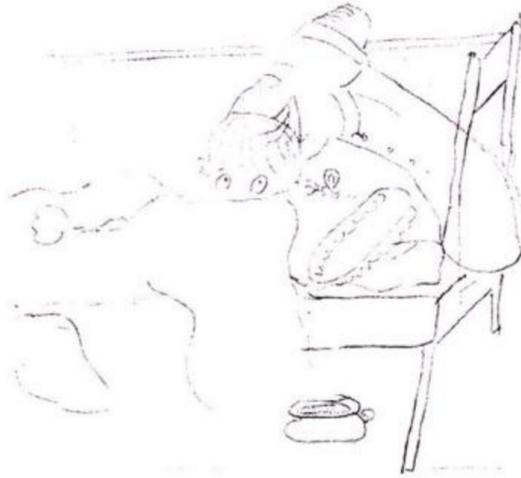
El tiempo no épico, el cronológico, sólo sirve de telón de fondo ocasional para el relato. Me refiero a los sucesos inscritos alrededor de 1928, durante el gobierno de Abadía Méndez y la masacre de las bananeras. Mera disculpa, porque lo esencial de la narración de López es la venganza del crimen cometido por Joúmuna, cuando perdió una carrera de caballos.

El héroe trágico está condenado a ser abrumado por la adversidad; el designio sobre la casta se cumple, la desgracia se vuelca ante la etnia.

2. Los autores ubican la obra de Gliserio Tomás Pana Uriana cerca de un romanticismo cuyo fin es la idealización y ejemplarización espiritual. Poseedor de una concepción moralizante, el autor se queda detenido en el tiempo tras un catolicismo antiguo que promulga una serie de temas de comportamiento y normatividad social.

3. Miguel Ángel Júsayu tiene como base la compleja y rica tradición oral, aunque al escribir ofrezca variantes típicas de la leyenda folclórica. Su creatividad es la del orador que posee destreza, habilidad

y fluidez, virtudes que inciden en la construcción del relato de raíz étnica. Etnoliteratura que no debiera mirarse desde cánones occidentales, ya que éstos proceden de un ámbito europeo de creación distinta y son categorías que no encajan dentro de la etnoliteratura.



A través del mito, mejor podríamos explicar el devenir de una escritura que involucra las aventuras del héroe, los hechos sobrenaturales y extraordinarios, la intervención del sueño y el cuento etiológico que da explicación al origen de las cosas.

Recordemos que la leyenda siempre tiene en su interior un afán de aleccionar y ofrecer una moraleja, frente al rompimiento de las normas. Lo que desencadena la trama en los relatos de Júsayu es la noción del viaje, paralela al sentido del nomadismo wayuu y con ello la visión onírica que lo antecede todo o lo origina.

4. El capítulo sexto se inicia con una preocupante afirmación: "Escribir una novela es, de alguna forma, una manera de evadir una realidad aplastante", cuando sabemos de antemano que toda literatura artística se funda, no en la evasión, si no en la recreación de la realidad.

Inútil la cita de Albert Camus, descontextualizada, igual que el discurso que pretende legitimar el relato de Ramiro Larreal, como una forma contestataria a las exigencias de la sociedad de consumo, exclusivamente. Analogía innecesaria, porque la verdadera obra fomenta la memoria, el encuentro de los tiempos, la reactualización de acontecimientos históricos.

5. A José Antonio Urima se le valora aquí no por la trascendencia de sus textos, sino por ser el iniciador de una actitud que enlaza creación y rebelión. El mismo tópico se le asigna a José Ángeles Fernández.

Los autores vinculan la poesía cotidiana de Juan Púshaina con el realismo mágico; afirman el conflicto de la aculturación a través de los escritos de Pana Uriana y, finalmente, presentan a Vitorio Apushana como la fundación de una poesía que pretende un diálogo con el forastero, utilizando la sustancia mítica, la oralidad, el valor de la palabra antigua y la comprensión de un mundo de significación muy íntima, poesía étnica que conlleva una visión profundamente religiosa y onírica conducida hacia la memoria.

GABRIEL ARTURO CASTRO

Feria del Libro 2003

La misma persona

En junio de 1927, antes de convertirse en un gran escritor, el joven Eduardo Caballero Calderón fundó una pequeña revista de colegio llamada *El Aguilucho*. Su curso en el Gimnasio Moderno, compuesto por once alumnos incapaces de formar un equipo de fútbol, ya había inventado, para ese momento, una or-



questa modesta y una ambiciosa compañía de teatro. Era hora, pues, de publicar un semanario. Pero, claro, la pregunta era ¿cómo conseguir todo el dinero para la edición? Y la respuesta tenía que venir muy pronto: Caballero y sus dos asesores financieros, Hernando y Rafael Salazar, diseñaron de inmediato un complejo modelo de financiación que se ha seguido implementando hasta nuestros días: les pidieron dinero a los papás dueños de fábricas y a los pobres tíos gerentes de almacenes a cambio de costosos avisos publicitarios.

“Yo creo que la idea que teníamos no era la de hacer periodismo o tratar de los problemas del colegio”, confesó Caballero en una curiosa entrevista que le concedió a los miembros de El Aguilucho cincuenta años después: “simplemente queríamos escribir”, les dijo, “la revista me quitó el miedo a escribir”. Y sí, sin duda así fue. Si uno lee el primer editorial del semanario, que en un par de años se convertiría en una muy tradicional publicación semestral, de inmediato se sorprende por el ingenio, el sentido del humor y la riqueza del lenguaje de cada uno de sus párrafos. Lo firma el director, Eduardo Caballero Calderón, y dice —sólo voy a leer el primer párrafo— lo que sigue:

Aún tengo clavadas como agujas en la memoria las palabras que alguien muy entendido en lo que yo me muestro tan bisoño, dijo una vez sobre todo aquel que “con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete y la mano en la mejilla”, está sin saber qué hacerse ni qué decir, porque ignora sobre qué ha de tratar. Digo, pues, que decía esta persona que para escribir tan solo es menester una cosa, y esta es saber que ha de mover la pluma para que escriba. Y yo, pobre de mí, ajeno a este linaje de labores, ignorante y mal advertido, corto de ingenio y pobre de lenguaje, no sé qué hacerme ni qué decir para salirme del aprieto en que me he puesto; así que ruego a quien las presen-

tes líneas leyere, que no eche menos lo que faltare, que será mucho, ni se dé a buscar tema ni fondo que no ha de encontrar porque esto no lo tiene, y no pierda su tiempo y vuelva aprisa la hoja.

Viene, en aquel editorial, la confesión de que el verdadero propósito de la revista es el de “dar desahogo a los sentimientos, sosiego al espíritu y honesta distracción a las plumas” y más adelante, unas diez líneas después, una importantísima declaración de principios que nosotros, los dos directores de las ediciones de 1993, que teníamos que leer aquellas palabras con el diccionario en la mano, tratamos de cumplir al pie de la letra cuando no estábamos jugando fútbol o viendo televisión: dice el editorial que El Aguilucho, la famosa revista de los estudiantes del Gimnasio Moderno, tratará muy de cerca los problemas del colegio, porque, según asegura el joven Caballero Calderón, “no se hace un buen gobierno sin tener una buena crítica”.



En la Semana Santa de 1993, cuando ya teníamos definido el contenido de la edición 194 de El Aguilucho, nos llamaron a nuestras casas a contarnos que Eduardo Caballero Calderón había muerto. Y, después de procesar la información, asistimos a la misa en la iglesia del colegio. Vi-

mos, por supuesto, a una cantidad de personas de esas que aparecen en los noticieros. Oímos al padre Luis Carlos Mantilla, capellán del Gimnasio Moderno de ese entonces, despedir al escritor con frases como “sus novelas volaron por todos los rincones del mundo” y “aquí yace uno de quien podemos decir que habiendo sido tantos y tan buenos los frutos que cosechó en vida, con ellos se ganó un lugar muy grande en el cielo”. Y entonces, cuando entendimos lo que acababa de ocurrir —que había muerto el fundador de nuestra revista, el señor de barba que casi no salía de su apartamento, el autor que aprendimos a respetar desde que teníamos seis años—, emprendimos una edición especial de El Aguilucho.

Descubrimos, en el proceso, muchas cosas nuevas: por ejemplo, que la revista que publican los alumnos de primaria, El Pichón, cuyo nombre con razón confunde a muchos padres de familia y pone nerviosas a ciertas profesoras, es otro más de los homenajes que se le han rendido a Eduardo Caballero; que los principales escritores del mundo y los más respetados intelectuales del país admiraban profundamente al creador de El Aguilucho por su timidez, por su espíritu crítico y por una vastísima obra literaria que desconocíamos casi por completo; y que entonces, frente a semejante situación y semejantes miradas sobre nosotros, tendríamos que hacer una más o menos buena edición de la revista y nos tocaría leer las novelas, los cuentos y los ensayos en cuestión.

La edición especial salió muy bien: nos desahogamos, nos sosegamos y nos distrajimos; criticamos al profesor de filosofía por decir las palabras “epa, epa: con su papá” cuando jugaba violentos partidos de microfútbol, al profesor de gimnasia por gritarle “paparote” a los últimos en llegar mientras les pegaba con un llavero lleno de llaves y al profesor de religión por insistir en que ninguno de sus estudiantes podría tener el promedio de calificaciones por debajo del promedio del curso; y, sobre todas las cosas, creo, se nos quitó el terrible miedo a escri-

bir, el pánico escénico que todos vivimos cuando estamos frente a los espacios en blanco. Sí, eso fue lo que hicimos: escribimos. Como Eduardo Caballero Calderón, tomamos la decisión de escribir. Y entonces llegamos a la conclusión de que, para hacerlo, había que hacerse a un lado, sentarse a trabajar a toda hora y observar los hechos y las cosas y los gestos del mundo.

Toda la vida me he encontrado con Eduardo Caballero. Para mí es más que evidente eso de que todavía está vivo. Para mí, que estuve en la misa de velación, siempre lo ha estado. Conozco su silla vacía y su biblioteca intacta y, las dos o tres veces que las he visto, me he demorado un buen rato en dormirme por la noche. En mi casa, en el apartamento en donde crecí, todavía se pueden encontrar tres de los cinco libros de *La historia en cuentos* (1954). Lo que más me gustaba de ellos, cuando tenía la edad para que mi mamá me los leyera en voz alta, era que uno sentía que aquel escritor era, primero que todo, un hombre compasivo, un buen padre. Si hubiera sabido un poco más de su obra, si en los años del colegio me hubieran hablado del muy conmovedor *Breviario del Quijote* (1947) y las muy lúcidas *Cartas colombianas* (1949), habría leído muchísimo más rápido la obra de Cervantes y habría llegado con años de anticipación a la conclusión de que (abro más o menos comillas) Colombia naufraga en el “charco de la política” y se encuentra abandonada por una elite que la considera, sin asomo de vergüenza, “una tierra de salvajes”.

Podría hablarles de la terrible derrota del cura de *El cristo de espaldas* (1952), que, después de enterarse del horrible asesinato de don Roque Piragua (“ese viejo miserable, ese monstruo, ese desvergonzado”, dice la novela), defiende a capa y espada la inocencia del pobre Anacleto y se convierte, de un momento para otro, en el investigador de un crimen que revela el sinsentido de la guerra civil, las miserias de una sociedad construida sobre la base de la violencia y el absurdo de un mun-

do que se padece como un vía crucis. Podría hablar de las inmensas piedras que cargan *Manuel Pacho* (1962) y *Siervo sin tierra* (1954), y llegar a la conclusión de que a los mejores personajes de Caballero Calderón, esos “pequeños salvajes” con las manos vacías, al final les toca convertirse en sus propios padres. Podría dedicarle todas estas páginas a las frases contundentes que pueden encontrarse en aquellos libros que aún viven: “los diarios suelen mentir de tres maneras distintas: por omisión, por exageración y por tergiversación”; “lo peor de todo, misiá María, es que esa india siempre tiene razón”; “entonces saqué el cuchillo y lo clavé en donde pude: si pinchó en cristiano fue mala suerte”.

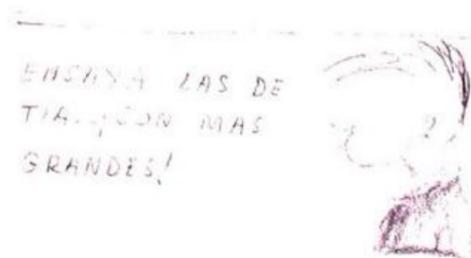


Podría hablarles de por qué considero honestos cada uno de los textos de Caballero Calderón, pero, para no excederme, para no darles una prueba más de que soy “ajeno a este linaje de labores, ignorante y mal advertido, corto de ingenio y pobre de lenguaje”, me limitaré a decirles cuál es mi libro favorito del autor. Se llama *Hablamientos y pensaduras* (1979). Y lleva ese título, según escribe Caballero, “por concederle importancia a las habladurías y quitársela a los pensamientos”. Y digo que me gusta mucho aquel texto, creo, porque en esas páginas Caballero Calderón revela —sin temores, sin miedo a mostrarse vulnerable, sin máscaras— la forma en que funciona su mente, las cosas que le pasan por la cabeza, los recuerdos que le llegan, de pronto, a la memoria.

Me gusta *Hablamientos y pensaduras* porque habla de los trenes

eléctricos, de Madrid, de las otras galaxias, de San Juan y Santa Teresa, de Dios, de la Biblia, de Mozart, de Beethoven, de la justicia social, del Cristo de frente, del Quijote de la Mancha, de toda la filosofía, del amor por la esposa y por los hijos, de los viajes, de los otros escritores, del afán de los políticos. Me gusta *Hablamientos y pensaduras* porque Caballero nos confiesa, palabras más, palabras menos, que escribe para soportar el tiempo. Y nos recuerda, de paso, que la escritura es un ejercicio solitario, una función corporal, una digestión de los hechos. ¿Nueva generación de escritores?, ¿poetas que posan para las revistas de farándula?, ¿novelistas que no entienden a quienes casi no salen de su apartamento? Nada de eso tiene relación con la escritura. La escritura sólo es sentarse a escribir. “Con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete y la mano en la mejilla”. Nada más y nada menos.

Me gusta *Hablamientos y pensaduras*, pues, porque me devuelve al primer editorial de *El Aguilucho*, la revista que el escritor fundó para darle paso a otros escritores. Cuando Eduardo Caballero se pregunta “¿por qué no habría yo de escribir sin objeto, para no perder la costumbre de hacerlo o simplemente para matar el tiempo?” me parece leer al mismo joven del Gimnasio Moderno que escribió, en la primera edición de la revista que inventó, las palabras “para escribir tan solo es menester una cosa, y esta es saber que ha de mover la pluma para que escriba”. Y entonces entiendo muy bien por qué recogió aquellos frutos y ganó un buen lugar en el cielo, por qué decimos que no puede morir: porque desde el colegio fue esa misma persona, porque le fue dolorosamente fiel a sus vocaciones, por-

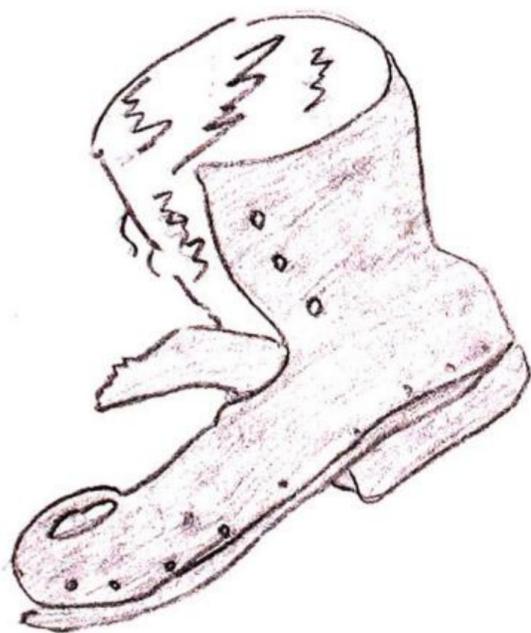


que vivió en un mundo, una familia y una forma de ser que construyó palabra por palabra.

RICARDO SILVA ROMERO

El escritor y su paisaje: Eduardo Caballero Calderón

A Eduardo Caballero Calderón lo vi por primera vez una noche de diciembre de 1974. Recuerdo las paredes blancas de su casa de Teusaquillo, la puerta verde, las vigas de madera al aire en la fachada y el olor ácido de su biblioteca. Pero sobre todo, recuerdo la imagen del viejo calvo, de barba gris, sentado en un sillón de cuero, rodeado por un bastón, un vaso de güisqui aguado y un cenicero lleno de colillas. Porque en esa época, Eduardo todavía fumaba: Pielroja, dos paquetes al día.



Esa vez no hablamos. Mejor dicho, menos mal que no hablamos, porque yo tenía 20 años y las rigurosas herramientas del materialismo histórico me decían que Eduardo Caballero era el típico escritor oficial que había conquistado su fama gracias a estar emparentado con presidentes y dueños de periódico. Para mí, en esa época, *Siervo sin tierra* era la tragedia del campesino contada desde la cómoda óptica del latifundista y *El Cristo de espaldas* un manifiesto del liberalismo maltrata-

do. Con estas simplezas como punto de partida, nuestra charla hubiera resultado siniestra.

Cuando volví a verlo, siete años después, en 1981, mi sarampión marxista había desaparecido y pude acercarme a él sin prejuicios. Recostado en una hamaca de su casa en Tipacoque, cubierto por diez mil metros cuadrados de teja de barro, Caballero era la viva imagen del escritor realizado, de alguien que ya había contado lo que debía y que ahora se daba el lujo de olvidar. A su lado, seguían el vaso de güisqui aguado y el bastón, pero el cenicero había desaparecido. Eduardo ya no fumaba. Una gripa de esas que liquidan cualquier vicio lo había despojado del Pielroja.

Lo primero que me sorprendió fue su timidez. Tenía un gesto muy característico, se tapaba media cara con la mano apoyada en la frente. Así, atrincherado, enfrentaba la conversación. Entonces, se atrevía a lanzar unas frases lapidarias que tenían un tono entre humorístico y arbitrario. Con sus facultades en declive, se permitía la intransigencia.

Empezamos a hablar y muy rápido cayó en dos de sus obsesiones: la ecología y la inmoralidad de los políticos. Se incorporó de la hamaca y me señaló con el bastón la cadena de montañas que rodean a Tipacoque como una muralla. Del lado occidental, cerca de la cumbre, podían distinguirse unos pequeños manchones azules. "Son robles", me dijo. "Los únicos robles que sobreviven en esta parte de la cordillera. Algunos tienen más de doscientos años. Esta cojera que tengo me la gané montando a caballo por allá arriba, tratando de defender esos árboles. Tiempo perdido", remató, "porque de mil hectáreas de robles que había, ahora no deben quedar ni 200. La gente tala y tala y a nadie le importa que el municipio se vaya a morir de sed. Es un desastre. Éste es el único país del mundo que acaba con los ríos, los ferrocarriles y los bosques".

En un intento por salvar los robles de Tipacoque, Eduardo pensó regalárselos a la Nación, para que el

Inderena los protegiera. "Pero no me los quieren recibir, porque no tienen presupuesto para administrar la donación. Es absurdo, pero Colombia es así. Aquí, el gobierno nunca tiene plata para hacer carreteras, para pagarles a los maestros o para defender los recursos naturales. Aquí, ni siquiera hay plata para recibir un regalo. Aquí, somos tan pobres que el presupuesto sólo alcanza para que se lo roben".

Tenía razón, desde luego. Aunque tener razón no le sirviera de nada y amarrado a su sillón o a su hamaca, tuviera que seguir asistiendo al drama de un país saqueado por unos políticos sin grandeza. "Es increíble", protestó, "si el Libertador estuviera vivo, les bajaría los calzones a todos, para darles rejo".

Esa rebeldía en un hombre de 71 años que lo tenía todo para ser un conformista, me enterneció. Y cuando supe que no era un latifundista, me gustó todavía más. "La hacienda está en manos de los campesinos que la habitan y la trabajan. Los tipacoques son ahora los dueños y yo estoy como Siervo Joya, sin tierra". Lo dijo sin pretensión, sin alardes demagógicos y sin tristeza. "Lo único que lamento es que no hayan cuidado el suelo que les debía dar de comer. Sin agua, los cañaduzales murieron y los trapiches cerraron. Entonces, la gente empezó a sembrar tabaco. Pero con el tiempo, la tierra tampoco produjo tabaco y apareció el negocio del transporte. Ahora, aquí la plata sale de los camiones y no de la agricultura. Y eso es una lástima, porque yo amo la tierra y detesto los camiones. Antes de ser chofer, hubiera preferido pedir limosna por la calle".

Así, enfático y arbitrario, pesimista pero fatalmente lúcido, lo seguí escuchando en nuestras conversaciones de los siguientes diez años. Conversaciones que terminaron ante una cámara de video, en una entrevista que sirvió para estructurar el documental que les recomiendo que vean "El escritor y su paisaje", porque es el testimonio de un escritor muy nuestro y muy subestimado (como todo lo nuestro), un escritor al que